

JOSEFINA, ATRAPADA POR La pasión

La tempestuosa historia de amor y traición de la emperatriz Josefina, la criolla que conquistó a Napoleón Bonaparte

Daniel Ares

 Nowtilus
ficción

Colección: Novela Histórica
www.novelanowtilus.com

Título: Josefina, atrapada por la pasión
Autor: © Daniel Ares
© 2006 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpenter
Coordinador editorial: José Luis Torres Vítolas
Proyecto editorial: Contenidos Editoriales S.R.L.

Director artístico: Carlos Peydró
Diseño de cubierta: Florencia Gutman
Diseño de interiores y maquetación: Patricia Baggio
Producción: Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-296-6

Libro electrónico: primera edición

Índice

Libro I

Introducción	11
Capítulo I.....	25
Capítulo II	33
Capítulo III.....	37
Capítulo IV.....	41
Capítulo V	53
Capítulo VI.....	59
Capítulo VII	63
Capítulo VIII	71
Capítulo IX.....	81
Capítulo X	87
Capítulo XI.....	93
Capítulo XII	101
Capítulo XIII	105
Capítulo XIV	113
Capítulo XV	121
Capítulo XVI.....	129
Capítulo XVII	135

Libro II

Introducción	143
Capítulo XVIII	151
Capítulo XIX.....	155
Capítulo XX	159
Capítulo XXI.....	171
Capítulo XXII	173
Capítulo XXIII	177
Capítulo XXIV	193
Capítulo XXV	197
Capítulo XXVI.....	203
Capítulo XXVII.....	209
Capítulo XXVIII	215
Capítulo XXIX.....	221
Capítulo XXX	229
Capítulo XXXI.....	235
Capítulo XXXII.....	239
Capítulo XXXIII	245
Capítulo XXXIV	251
Capítulo XXXV	257
Capítulo XXXVI.....	261
Capítulo XXXVII.....	265
Capítulo XXXVIII	273
Capítulo XXXIX.....	277
Capítulo XL.....	281
Capítulo XLI	285
Capítulo XLII	291
Capítulo XLIII.....	295
Capítulo XLIV	305
Epílogo	313

Libro I

"La tragedia es ahora la política"

Napoleón Bonaparte

*"A ratos me parece que estoy muerta, y que sólo me queda algo así como una vaga
facultad de sentir que ya no existo"*

Josefina Bonaparte

Introducción

*“No era bueno ni violento ni dulce ni cruel como los otros hombres.
Un ser que no tenía iguales no podía provocar ni inspirar ninguna simpatía.
Era algo más y algo menos que un hombre.”*

Germaine de Staël

París, 11 de frimario (2 de diciembre) de 1804

Nunca había caído tan bajo. Pero fue inevitable. O *necesario*. Ahora, allí, epicentro de esa fiesta nacional, recuerda aquellas noches con la claridad que le falta sin embargo al presente, a ese instante mismo. El carruaje imperial que la contiene avanza contra la multitud y la desgarrar, pero la multitud igual la viva. El cielo está cubierto de nubes. Lueve. Tal vez por eso todo cuanto mira se borra y desdibuja y aquella noche no. Ni la anterior, ni la siguiente, ni la otra, ni la otra... Recuerda al desconocido, su porte, cómo la empuja, montado sobre su lomo, encajado en ella, contra la pared; puede sentir –aún ahí, aún ahora– el hedor de la bosta, el sudor, sus pies negros de mugre hundidos en la paja mojada, y aquel desconocido que empuja y empuja mientras se muerde rabioso sus propios relinchos de placer. Podrían oírlos, claro, sus dos hijos, sobre todo, podrían oírlos, recuerda que piensa, *aunque al desconocido qué le importan mis hijos*, piensa también, recuerda, pero a ella sí, a ella le importan y podrían oírla, saber qué hace su madre, ahí, tan cerca y tan bajo, empotrada contra un muro en la oscuridad de la caballeriza, reducida a una yegua mientras un macho sin nombre la embiste y la embiste con el porte y la fuerza de un caballo verdadero. Duele,

desgarra. Pero más le duele aún esa especie de goce inasible y remoto que sin embargo la humedece y sin embargo la angustia. Piensa en su marido (recuerda que pensaba): no hace una semana que le cortaron la cabeza, y ahí está ella ahora, así, con la falda sobre la cintura, las bragas amarrándole las rodillas, las manos contra la pared, resistiendo ofrecida, hundida en la bosta, asqueada y sin embargo... Ruega. Todavía es joven y se teme fértil. Le pedía, recuerda, era lo único que le pedía, le imploraba, hincada a sus pies, la boca bien abierta, los ojos bien cerrados, la lengua asomada, esperando... A veces, algunas noches, el desconocido había sido clemente. Un semental. Otras noches no. Otras noches sus ruegos no le importaron nada.

Pero hubo suerte, mucha. Ya no recuerda cuántas veces fueron, ¿cinco?, ¿diez?, ¿más?, no lo recuerda. El resto sí. Retiene detalles que le duelen todavía: las manos sucias, las cuatro, las suyas y las de él, que la ensucian por todas partes mientras ella intenta ser amable, cuando menos convincente. El desconocido debía volver mañana. Tenía que volver. Era él o la guillotina.

Pero hubo suerte, mucha. (¿Sí?). Allí va, ahí la tienen ahora, a través de París en carruaje imperial; y el pueblo, el mismo pueblo que ayer quería decapitarla, aquí la envuelve en su ovación de bestia. Mucha suerte hubo, cómo no. La cabeza salvada del hachazo en minutos apenas portará la corona del Imperio de Francia. Muchísima suerte hubo, cómo no. Sonríe, tal vez aquel desconocido, ese animal que entonces la humillaba, la sometía y la embestia, quizás, ahora, estaba ahí, perdido entre el vulgo, reducido a nadie, licuado por la misma turba que la viva. *¡Viva la emperatriz!*, gritan los infelices. Sí, acaso esa bestia estaba ahí, ahora, entre todos, entre tantos, por qué no... Y quizá ni la recuerde, quizá no asocie a la emperatriz que pasa con aquella lejana vizcondesa condenada y tan puta que hasta se mojaba y todo. Sonríe más. Saluda y los mira, se demora en sus caras, se detiene en un rostro, en otro, en el siguiente, intenta descomponer en individuos la muchedumbre anónima; saluda y les sonrío. Acaso ellos piensen que ella es feliz, que está contenta, que los ama, incluso, ella piensa que si encontrara al animal aquél podría ordenar su ejecución allí mismo, y que aun así, aun entonces, ellos igual la vivirían, piensa, sonrío y saluda; mueve apenas la mano y los mira a los ojos, uno por uno... pero las caras pasan, no duran nada, y no reconoce a nadie. No: nadie perderá su cabeza esa mañana. Sólo la suya y la de su marido serán coronadas. *¡Viva la emperatriz! ¡Nuestra Señora de las Victorias! ¡Viva!* Todo se desdibuja y se deshace, menos aquella noche, la siguiente.

te y la anterior; esas visiones, la bosta, los caballos, aquellos orgasmos envilecidos por el miedo. *Nunca había caído tan bajo*, volvió a pensar ante la cumbre ya insuperable de su vida. El presente es espuma, sólo el pasado se imprime y queda, deforme pero firme, irrevocable y por lo tanto... Tiene miedo.

Esa mujer, que ha sobrevivido a la guillotina, a la miseria, incluso a la esperanza; esa mujer, que en menos de una hora será consagrada la mujer más poderosa de todo el imperio de su inmenso marido; esa mujer, que allí idolatra el pueblo y que custodia el ejército más poderoso de la Tierra sonríe, saluda, y tiene miedo. Acaso por primera vez tiene miedo de verdad. Ni siquiera en los días del Terror había temido así. Al menos entonces sabía a qué le temía. Ahora no. Ahora sólo teme y teme, y como no sabe a qué temerle, le teme a todo y todo la amenaza.

El río que la lleva es puro torrente y busca el mar. Estáticos, sobre cada una de sus márgenes, ve pasar (deja atrás) figuras, formas, contornos, siluetas, nombres, hombres y mujeres, rostros, cuerpos desnudos, muertos que se ríen, risas que se mueren, la vorágine de toda su vida comprimida entre dos latidos; hasta que allí aparece él, y se detiene; ahí está, ahí lo ve, asustado, insignificante, intrascendente, insustancial, pasado ya, presente siempre, en su memoria, en su conciencia (ojalá fuese sólo en su memoria); quizá ya esté muerto o a punto de estarlo; acaso en ese mismo instante, mientras a ella la viva la multitud ajena él es ejecutado o está a punto de serlo, y todo por su culpa, por su culpa, por su grandísima culpa. *¡Viva la emperatriz!*, sonrío y saluda. *¡Nuestra Señora de las victorias!* *¡Viva!*

Y piensa en Jim, y en Charles, y en Alejandro, incluso en Barrás, desterrado hace tanto... y ahora también teme por él, invulnerable a su lado, y sin embargo tan frágil que ni siquiera se da cuenta. Lo mira. Saluda –Él– y sonrío. No teme. Debería ser él el que temblase de miedo. Después de todo es él el que no sabe perdonar, el que ha matado, el que mata y volverá a matar. Después de todo son sus esbirros los que ahora ocupan Europa y se expanden y aplastan a quien quiera que se le plante... Pero él no teme. Él sólo crece, sólo avanza, sólo ordena que disparen Sus cañones, y después deja que las balas hagan el resto del trabajo. Ningún temor. Saluda y sonrío, la turba lo adora. No tiene miedo. No es un hombre.

Y ella también quería, precisaba, un hombre. No un semidiós, no *el amo de lo imposible*, ni un rayo ni un icono, sólo un hombre; un hombre cualquier-

ra, incluso uno vulgar, uno capaz de excitarse con su solo cuerpo, con sus buenas artes de criolla criada entre dioses paganos y mulatos calientes, sólo eso quería: sentirse bella, deseada y suficiente. Por eso Charles y por eso todos los otros tantas veces, los demás que todos juntos fueron nadie, los que ahora pasan y quedan, allí, estáticos o muertos sobre las márgenes del torrente de las aguas de su memoria, espectrales, del todo abstractos, y aun así, mucho más ciertos y reales que la vana y vaga muchedumbre que allí la viva sin tocarla. *Sólo en crueldad se puede rivalizar con los dioses*, dice siempre su esposo que decía Calígula.

Y sí.

Con los años su castigo adquiriría destellos divinos; ella, encerrada en el secreto de su miedo, sin poder saber jamás si rezaba, se culpaba y temía por un vivo o por un muerto; y el *vivo-muerto*, encerrado en el mundo, huyendo sin vida ni muerte de un enemigo que crecía y se expandía como el agua de un diluvio universal. Sonríe, saluda y sonrío. *¿Pensaría en ella, aún?* (La vanidad no tiene hora ni tristezas.) *¿La recordaría, cómo?, ¿ardiente?, ¿didáctica?, ¿con su juguete entre las manos? ¿De rodillas? ¿Qué recordaría más, mejor?, ¿su boca?, ¿sus manos?, ¿sus pezones morados del tamaño de las moras?, ¿la mata espesa donde él hundía la cara muerto de sed?* Tuvo miedo. Muchísimo miedo. Apretó la mano del inminente emperador, y el inminente emperador, a su lado, sonrió sereno, dueño del mundo que se abría a su paso y lo adoraba. Sólo las mujeres temen. Los hombres ignoran, y los dioses disponen.

El carruaje imperial que los contiene cruza la fiesta que es París por ellos. Todos los miran, y ellos también se miran. Él le toma la mano, la aprieta apenas, y vuelve a los demás, al pueblo que lo aclama, al pueblo soberano, que enseguida, en minutos apenas, él mismo habrá de reducir a plebe de nuevo. Y más lo vivan. Y más ella lo mira: es más grande que la multitud. Pero lo mira y no sabe. *¿Amaba a ese hombre o sólo había sido absorbida por él como el resto de Europa, como el resto del mundo era absorbido por él? ¿Le gustaba ese hombre?, ¿o simplemente había sido encantada por él como lo habían sido y lo eran millones de seres y no sólo en Francia, incluyendo a sus propios hijos y no sólo a ella? Y ese hombre, ¿la amaba?; o nada más la había tomado como una herramienta de sus ambiciones porque ella y los otros, el mundo y todo lo que el mundo contenía, no eran más que elementos de su imaginación, herramientas, medios, los seres, la masa, las cosas, las pirámides, Los Alpes, las leyes; si ya hasta los sueños ajenos no eran más que*

parte de los suyos... ¿Pero era un hombre ese hombre? ¿Existía?, ¿o no era más que la proyección colectiva de una humanidad perfectamente desolada? ¡*Viva el Emperador!*, gritan los desdentados... ¿Pero era un hombre ese hombre? Había aparecido sobre la faz de la realidad de una manera tan rara, tan extraña, así, tan de repente, tan de la nada, una noche de fiesta, una fiesta de tantas, en mitad de un minué, de vuelta de un giro y su contra giro, sin que nada lo anunciara como si nada sucediera, y allí estaba ya, ahí de pronto, ínfimo, torpe, el pelo largo y despeinado, mal vestido, con su tosco acento italiano y su corta estatura, sin ningún talento para la danza, pero ya tomándole la mano, ya marcándole el paso, ya imponiéndole el ritmo, ya clavados en ella los ojos que en breve iban a fascinar a toda Europa.

—*Madame*, deseo poseerla —fue lo primero que le dijo, recuerda, y recuerda que ella apenas sonrió (sin abrir la boca), más sorprendida que ofendida.

—General, no seré un dechado de virtudes pero tampoco soy una prostituta...

—Mejor así, *madame* —le respondió como un látigo—, pues no pensaba pagarle.

La sorprendió y no lo olvidó, pero tampoco le gustó. Demasiado rústico, demasiado bajo, demasiado italiano, demasiado pobre y, para colmo, Su mal aliento, el perfume cadavérico de su voz sin embargo... Pero además ella buscaba un proveedor del ejército. Su agudo olfato —afilado por el infortunio— le decía ya desde entonces que serían las armas el gran negocio del porvenir.

No le gustó el corso, pero no lo olvidó. *Por sus ojos*, se dijo, creyó ver en ellos una promesa nueva, una especie de augurio, una ilusión como un abismo, o algo así... *No tiene más que su espada*, recuerda que le dijo, después, su notario, Radigueau, y que Barrás, su protector (¿su propietario?), asintió sonriendo (imbécil). *No tiene más que su espada*. Los dos le temían.

Y él por entonces era apenas él, casi nada, un generalito de brigada, un joven oficial encumbrado por las circunstancias; un muchachito de 25 años que había recuperado Tolón de manos de los ingleses y entonces la prensa lo convirtió en uno de esos héroes del día; y volvieron a mencionarlo —pero ya sin aplaudirlo— cuando en París aplastó a cañonazos las revueltas monárquicas de octubre del 95 que amenazaban a la Convención; o más bien, a las cabezas de sus honorables miembros, quienes agradecidos —y asustados—, lo nombraron jefe del ejército del interior —algo así como jefe de policía—, y eso era todo. Toda su épica, toda su nobleza y toda su fortuna. Pero le temen.

—No tengo más que mi espada, pero con ella iré muy lejos.

Barrás, su protector (¿su propietario?), le teme más que nadie. Se jacta de haberlo descubierto, de haberlo inventado, de manejarlo a su antojo, pero le teme. Tanto le teme que ha recurrido a ella para controlarlo. Lo vio cuando la miraba por vez primera; y supo que por fin le había encontrado alguna debilidad.

Llevaba meses buscándosela, haciendo seguir sus pasos, vigilando sus contactos, sus movimientos, sus relaciones personales, sus hábitos, sus costumbres. El pequeño corso era más raro que una noche soleada. No frecuentaba tugurios, tabernas ni lupanares; no tenía amantes, no bebía ni jugaba, no comía ni fumaba opio; ni siquiera el dinero lo excitaba... El pequeño corso no parecía humano. Sobre todo por eso resultaba temible.

Pero entonces lo vio mirarla por primera vez, y supo que sí, que tenía una debilidad, y que al fin se la había encontrado: ella, Josefina, tan luego Josefina, su amante, su mantenida, su protegida, su propiedad...

Los echó al uno sobre el otro creyendo que ganaba él. *Imbécil. Si es tuyo, es mío*, no le dijo a ella; *si es tuya es porque es mía*, no le dijo a él, pero así estaban las cosas y los tres lo sabían: él, ella y él. Ella le pertenecía a él; él quería manejarlo a él; y él la deseaba a ella, aunque ella no quería a ninguno de los dos pero los complacía a ambos. *Imbécil.*

Los echó al uno contra el otro y ya no pudo separarlos. No le gustaba el corso, a ella, es cierto. Pero al corso no le importó. Decidió acosarla, rodearla, sitiarla, asaltarla, penetrarla por fin, dominarla en principio, y conquistarla después. Ahí toda su extraordinaria estrategia siempre: atacar, atacar, atacar, atacar, atacar, golpear, retirarse y volver a golpear con la naturaleza del relámpago, amalgama de furia, sorpresa, resplandor y ausencia. Un pésimo amante.

—Todo lo hace rápido —se quejaba con Teresa— camina, piensa, come, habla, duerme, todo de prisa... ¡Si hasta se casa de prisa y va de prisa en su noche de bodas! —reían las dos, no sin tristeza, no sin indiferencia, en comunión...

La pasión de él y la ambición de ella los unieron con urgencia. Se casaron por civil —y sólo por civil— el 9 de marzo de 1796, sin demasiados testigos y ningún oropel; apenas cambiaron un par de alianzas con sus nombres, junto a los cuales el novio hizo grabar una frase: *Hacia el destino*. Un trámite rápido, y rápido también, antes de 48 horas, los esposos fueron separados.

Tal el regalo de bodas del padrino Barrás, que aún la creía suya. *Imbécil*. Para darle un merecido descanso de su tan fatigoso Bonaparte; el honorable Directorio (se) lo nombró comandante en jefe del ejército de Italia... o más valía decir: *de los restos del ejército de Italia*.

El plan era bueno. Barrás la conocía muy bien, conocía su azaroso pasado, y más, peor aún, su difuso presente. *Imbécil*. *El plan era bueno, Barrás, sí*. Allí en Italia acabarían entonces y enseguida su mucha buena fama y su brillante provenir, sí... Y mientras tanto en París, él, Barrás, con tan diestro movimiento de “su” alfil, recuperaba “su” dama, y el juego era suyo otra vez. *El plan era bueno, sí*.

Pero falló el generalito, Barrás... Su rosario de victorias imposibles que retumbaron por toda Europa como si ya sólo se oyeran sus cañones: Montenote, Millesimo, Dego, Mondevi, Cherasco, Lodi, Lonato, Castiglione, Roveredo, Bassano, Arcole, Rivoli, la Favorita, Tagliamento... *¡Falló el generalito, Barrás! (¿Me escuchas? ¿Dónde estás? ¿Tú también te fuiste? ¿Me dicen que te pudres en Italia, podrido Barrás? ¿Todos se van, desaparecen, mueren o me dejan?)* El 5 de diciembre de 1797 el gran comandante Napoleón Bonaparte regresó a Francia. Traía con él un ejército resucitado por la gloria y lo esperaba un pueblo entero que ya no confiaba en otro. Desde entonces nadie supo más nada de aquel *generalito* que aquel *Directorio* había mandado al fracaso. Ya era él.

¿Pero sabrá algún día, alguno de todos estos mirones, de todos esos cronistas, que fueron sus celos de macho mediterráneo el combustible inédito del frenesí triunfal de la campaña de Italia?, sonrío y saluda, se pregunta sin responderse y recuerda que fue tan luego Charles quien le trajo por primera vez una de aquellas estampas que ya por entonces circulaban hasta en Inglaterra y la Rusia, y que lo pintaban a él tal y como era: diminuto y descomunal, levemente fantástico.

Aquel grabado, puntualmente –aún podía verlo (colgaba en su memoria, aunque borroso por las culpas)–, era de Raffit y representaba *El paso del puente de Lodi*. Se veía una columna diezmada que moría al avanzar sobre sus propios muertos; se veía un puñado de bayonetas francesas que arremetía contra los vanos cañones de los diez mil austríacos; se veía a los austríacos que empezaban a retroceder, y luego, a la izquierda del cuadro, emergiendo etéreo desde la masa tensa de su propia tropa (como si en vez de un hombre fuese un centauro, mitad humano, mitad ejército), se lo veía a él, a Napoleón

Bonaparte, a su esposo, tal y como era: veloz, expeditivo, contundente, fulminante, levemente monstruoso, levemente irreal, siempre lejano...

Charles, en cambio, aparecía y desaparecía como un genio salido de una botella cada vez que ella frotaba sus propias ansias de tener un hombre, nada más que un hombre, un hombre sin nombre y caliente; un hombre sin otras ambiciones que sus tetas pardas, que su raja roja entre su mata negra, que su culo ansioso de puta desbocada, que le hablara así, que fuera un hombre, nada más que un hombre, no el compendio o la apoteosis de un ejército; un hombre que no precisara adueñarse del mundo cada vez que se le echaba encima; que no tuviese la urgencia de fundar su siglo, que le bastara con ella y sólo con ella, con su raja roja, con sus tetas pardas... Por eso le gustaba Charles, no lo amaba pero le gustaba, era su distracción, su relax, su juego y su juguete, sólo eso... no había por qué incendiar Italia, Europa, el mundo...

Ahora es tarde, ahora todo es tragedia. ¡Cuántas veces se lo había oído a su marido! *Ahora la tragedia reemplaza la política*. Sí, ahora todo es tragedia. Allí están: pisan por fin los umbrales del delirio, ya no puede retroceder. Lo pensó, llegó a pensarlo. Durante algunos pasos consideró la posibilidad de frenar y volverse, decir que no, que aquello era la cumbre, y por lo tanto el fin, que al salir de Notre Dame ya no quedaba más que el descenso, la caída; lo pensó, durante algunos pasos, pensó en parar, en detenerse, en escapar... Pero más le hubiese valido pensar en alzar el vuelo sin más alas que su sola capa; o transformarse por la rápida gracia de los milagros en uno cualquiera de todos esos miles que allí la vivaban, de todos esos miles que no eran ella y que querían serlo... Ambas alternativas fantásticas le resultaban sin embargo más sensatas y factibles que tan sólo detenerse, darse la vuelta y escapar. Eso sí que era imposible, irrealizable.

Del mural inquieto de rostros que la miran, capta al pasar la sonrisa tiesa de Sièyes, viejo *voyeur*, sodomita y pederasta. *¿Recuerdas cuando querías fusilarlo? Aquí me lleva, mira, honorable perverso, díselo ahora, vamos, díselo: ¿Me permite fusilarlo, Majestad?* Le sonrío en un saludo que es apenas sonrisa *¡Oh, la emperatriz se ha dignado a mirarlo!* Y allí lo ve a Fouché, serpiente capaz de aterrar a todas las serpientes de su Martinica natal... todos ellos llegaron a pensar que él era un instrumento de Barrás, un títere... pobre... pobres... *Aquí lo tienen, distinguidos mierdas*, sonrío y los saluda: *¡Emperador de Francia!*, se dice sin decirlo, y tiembla.

Tiene miedo. Mira la corona de laureles de oro que los espera y más miedo le da. *No se puede dormir en la cama de un rey sin volverse loco*. El delirio podría convertir esos laureles en espinas. Ya lo sabe o cree saberlo o siente que lo sabe o qué más da: tiene miedo. No hay cómo detenerse, no puede, avanza, quiere frenar pero sus pies la llevan, no le responden, ya no es suya su voluntad, ni siquiera eso, todo es suyo ahora, todo le pertenece: su vida, su suerte, su destino, incluso sus hijos (Hortense lo ama y Eugène lo admira), incluso su pasado, todo es suyo hace mucho, todo fue suyo siempre. *El plan era bueno, podrido Barrás, pero tú ya no estás*, y todo es suyo ahora, piensa y olvida. Ya debe hincarse, arrodillarse, ya van a coronarla; recuerda aquellas noches, aquél desconocido, su verga que la desgarró, o la guillotina que la degüella. Llegó. Agacha la cabeza, ofrece su cuello. Lejos, muy lejos —como detrás de las murallas de una fiebre— oye hablar en latín. ¡Es el Papa! Se lo ha traído de Roma como quien se trae una escultura, una rareza, un fetiche. Lo trajo para que lo corone, y allí le arranca la corona de las manos y se corona a sí mismo y ya no hay más dioses que él en este mundo. Sonríe y teme. Sabe que acaba de perderlo; y en el vértice de la cresta de su propia existencia, la desespera el pasado, y la aterra el porvenir... *Falló tu plan, Barrás... y el mío también*.

Volvió de Italia, magno y triunfal y sin embargo furioso, blandiendo, como decía, *el puñal de Otelo*, preguntando iracundo por un joven oficial que la visitaba allí cuando él estaba allá.

—Te quieren envenenar —le dijo ella como toda explicación.

Él le juró que averiguaría su nombre y que ordenaría fusilarlo.

Pero incluso encendido por los celos se aburría en París.

—Esta ciudad me pesa como un capote de plomo —se quejaba con ella porque ni ella le bastaba.

La pasión que encendían sus cartas era un efecto de la distancia que se apagaba a su lado. La ama, le dice, pero se aburre. Josefina es la única fruta comestible en ese bosque del hastío que es París. Ella no le basta porque a él nada le basta y ella siempre lo supo. (Y siempre supo que habría de saberlo siempre.) Él quiere más, quiere todo, el mundo y su contenido, ella y lo demás. Se aburre. Los días lo cansan como años, los meses le parecen siglos, ni siquiera los celos le bastan para excitarse... De tanto en tanto vuelve a decir algo sobre *el puñal de Otelo*, y grita, injuria y amenaza como un corso... pero ella no le da importancia, porque uno de los secretos de la eterna juventud es justamente el ejercicio regular de la inconciencia.

Y porque sabía calmarlo. Llevaba una vida calmando varones, y aunque él fuera otra cosa –*algo más y algo menos*– lo calmaba también. Sólo que, sosegado ya, más aburrido aún, hartado de los Directores que podían envenenarlo, de temerle más a esos burócratas cobardes y degenerados que a las dos mil quinientas balas que disparaba por minuto el enemigo; hartado de andar por París topándose a cada paso con esa nueva extraña fama suya mezcla de *burlesque* y majestad; hartado, incluso, de aquella sola fruta de ese bosque del hastío; hartado más bien del hastío que sólo pueden sentir los dioses entre los hombres; una mañana se fue otra vez, dejó París, Francia, Josefina; se fue a Egipto.

Después de todo, *¿qué cosa era una isla sin su mar alrededor?* Si no era oportuno invadir Inglaterra, pues entonces simplemente se adueñaría del resto del planeta hasta que ya ningún mar rodeara *esa isla*, ni barco ninguno se acercara a sus costas. Cortaría la ruta de Oriente como se corta una cinta de seda. Y adiós Gran Bretaña...

El supremo Directorio aprobó su plan porque cualquier plan que lo llevara lejos de Francia era un buen plan para el Directorio. Al menos para sus miembros. Y en cuanto a ella, su esposa, cansada, aburrida también y de alguna forma despreciada, no sólo lo dejó ir, sino que lo alentó para que lo hiciera porque de qué servía contradecirlo, porque él era él, porque la historia no la escribía ella, y porque a cambio de perder al peor de sus amantes, recuperaba al mejor.

El 19 de marzo de 1798 Napoleón Bonaparte zarpó hacia Egipto desde el puerto de Tolón a bordo de la fragata *Oriente*, encabezando una flota de 48 navíos de guerra y 280 barcos de transporte que cargaban un ejército de 38.000 hombres a través del Mediterráneo infestado de ingleses.

En París, mientras tanto, a partir de esa misma fecha –más relajado, aunque no menos expuesto–, el joven, dicharachero, esbelto, bello y ardiente teniente de húsares Hipólito Charles, volvió a frecuentar acaso demasiado a la señora de Bonaparte, porque uno de los privilegios de la verdadera juventud es, justamente, el ejercicio de la inconciencia...

—*Vivat imperator in aeternum.*

Ahora cualquiera sabe que debió haberlo dejado, pero entonces no era tan fácil, no parecía tan grave, ni siquiera tan importante. Ese *Don Juan de sobremesa*, como el mismo general Leclerc lo llamaba: Hipólito Charles, el intrascendente y simpático teniente de húsares Hipólito Charles, oficial del cuerpo de correos, ningún bravo guerrero, ninguna gloria, ninguna medalla,

ninguna ambición, nada que mencionar aquí, ni allá, apenas un hombre, un simple edecán, el edecán de un general, el general Leclerc; quien por otro lado lo había elegido como tal, impelido en parte por su vieja amistad con el padre de Charles y en parte porque el muchacho era perfecto para el cargo: alto, elegante, bien plantado, carente por completo de pericia, disciplina y valor, no servía más que de adorno y en eso se convirtió. Por lo demás, bien parecido, de origen noble y muy finos modales, sociable, culto, buen lector, poeta de a ratos, pueril, más inconciente que audaz, y más afortunado que astuto, sabía ganarse sin esfuerzos la simpatía de los caballeros, y los favores de las damas. Las mujeres eran su vicio, sí, pero su debilidad era el juego.

Eran los tiempos aquellos cuando él aún no era él, y el general Leclerc todavía tenía cierta ascendencia sobre otros generales. Barrás, entonces, cuando no, quiso ganarse para sí los favores de Leclerc ofreciéndole a cambio, cuando no, los favores de *su* Josefina. El plan otra vez era bueno, pero... así como ella buscaba un proveedor del ejército más que un general asalariado, el general Leclerc buscaba una heredera joven y casta más que una viuda onerosa, madura y manoseada. En cambio, el edecán del general...

Un agradable día, hacia fines de la primavera de 1796 –cuando él estaba en Italia (cuando él se convertía en Italia)–, el general Leclerc, a última hora, tuvo que suspender una cita en casa de la vizcondesa de Beauharnais y, para mejor excusarse, envió a su edecán con las correspondientes disculpas escritas y orales.

Más entusiasmada con el mensajero que defraudada por el mensaje, Josefina invitó al joven teniente de húsares con un licor de almendras que alguien ese invierno le había enviado desde Italia... Y así los dos, en una atmósfera inicial serena pero estática, como quien evidentemente no cree en lo que dice, el teniente Charles, para romper el hielo, recitó, con innecesario énfasis, el inventario de hazañas, honores y victorias que enaltecían el pecho y la persona de su gran general Leclerc... pero al advertir rápidamente que la vizcondesa de Beauharnais estaba más impresionada por su porte que por su discurso, Charles –que acaso lo ignoraba todo, pero no cuando gustaba–, optó por rematar su espesa perorata con una broma ligera:

—Si será valiente nuestro general Leclerc, *madame*, que hasta donde pude confirmar ganó más batallas de las que ha librado.

La carcajada de Josefina hizo temblar los cristales de la casa y resolvió cualquier distancia entre los dos. Sin esfuerzos ya, con fluidez, la conversa-

ción pasó de las vanidades, grandezas y miserias de los otros a sus debilidades, perversiones y vicios. Políticos, militares, burgueses, nobles, ex nobles, todos cayeron esa tarde en la noria del hilarante desprestigio de una charla cada vez más entretenida. El joven teniente Hipólito Charles era un excelente conversador, sabía apreciar el azúcar inútil del chisme (que no nutre, que no alimenta, que sólo enferma y deforma, y que tan sabroso es sin embargo) y en la virulencia de su vanidad, prefería que se dudara de su lealtad, incluso de su honor, pero no de su ingenio. Muy divertido, sí. Tanto que ese día tan agradable de finales de la primavera de 1796, en casa de la vizcondesa de Beauharnais, por la gracia del joven y apuesto teniente de húsares Hipólito Charles; los minutos se licuaron en sus horas, enseguida la tarde trajo la noche, pronto se acabó el licor de almendras que le habían enviado desde Italia; luego cenaron pato con vino de Burdeos, ella despidió a los sirvientes, quedaron a solas en la sala, le sirvió un cognac en copa caliente, él sacó de entre sus ropas un espléndido cigarro de hoja, ella se ofreció para encendersele, él quiso enseñarle cómo, pero ella le mostró que ya sabía, pues en la Martinica, de donde era, desde muy niña había visto y había tocado y hasta había probado cigarros así, más gruesos y más grandes aún, algunos tan gruesos y grandes que apenas le cabían en la boca, le contaba y bajaba la voz, ya entre susurros, hasta que dejó de hablar, se reclinó a sus pies, y le mostró cómo sabía: mojó la punta con la lengua, la apoyó entre sus labios, y empezó a sobarla, a chuparla, así, con los ojos cerrados y la boca cada vez más llena, y cada vez más rápido, y cada vez más despacio, y cada vez mejor, hasta que esa sola brasa encendió toda la noche.

Pronto Charles se volvió suficiente, si no necesario. Sus encuentros más o menos furtivos cobraron la gravedad de sesiones terapéuticas. A partir de Charles, el resto se redujo a lo que ella llamaba sus *relaciones sociales* (sugerencias que todavía, aunque cada vez menos –asustado por el corso– le hacía Barrás); luego estaba él –siempre lejos, siempre inasible–, y luego, en otro plano, en otra dimensión, Teresa. Pero su sed de hombres la saciaba Charles, recordó recordar.

—*Vivat imperator in aeternum* –repite el Papa, y vuelve a ver a la inminente emperatriz de Francia hundida en el fango, con las faldas sobre la cintura y las bragas amarrándole las rodillas, contra el muro de la caballeriza, empotrada como una potra por su furia silenciosa de caballo en celo. Y fija la vista en el altar y ya no sonrío.

—*¡Así salvó su vida la inminente emperatriz de Francia, damas y caballeros!* —quisiera gritarles hasta que estalle su garganta por encima de los coros que ahora erizan la catedral.

Y calla. Qué importa ahora; ahora que el mundo se concentra a su alrededor y la aclama y la saluda y le sonrío y se inclina a su paso porque ella es la reina, más, mejor: ella es la emperatriz y todo le ha sido concedido, todo le es permitido, todo lo tiene perdonado. *¿Matar también?* Sí, se dice y sonrío, saluda y se consuela. Matar es privilegio de los dioses y oficio de los monarcas. Matar o mandar a la muerte a sus enemigos, pero también a sus súbditos; a sus rivales, pero también a sus amantes... Sí, ahora a ella también puede matar o mandar a la muerte a los demás. Para eso ella es la emperatriz, y los demás son los demás. Inspira, saluda y sonrío. Ya ha visto el altar. Ya divisó la corona que la espera.

¡Viva!

En la gravedad inversa de su destino distinto, baja hacia el cielo, se alza hacia el fondo; en caída libre se eleva hacia su cumbre. Es el cenit, el mediodía, es un instante, menos. Ya fue. Ya sólo queda eso: el dolor del pasado, el temor al futuro y el presente, roto en dos, desagarrado por los dos.

Capítulo I

El convoy oficial atraviesa la estrecha calle Saint Nicaise con toda la velocidad de sus ocho caballos. En un coche van ella y su hija, en otro va el, y atrás y adelante la Guardia Consular abre y cierra la marcha. Vuelan. Es la noche del 3 de nivoso de 1800, mañana es Navidad, y ahora, en minutos apenas, será presentado en el teatro de la Ópera el oratorio de Haydn: *La creación del mundo*. Sonríe. No entiende la prisa, nada empezaría sin ellos y toda Francia ya lo sabe, ¿Quién se atrevería a presentar *La creación del mundo* sin su creador presente? A su lado, Hortense le pregunta de qué se ríe. Todo tiembla, la calle Saint Nicaise no es ningún terciopelo, pese a su moderno y encomiable empedrado. *Tonterías*, –responde ella–, *tonterías que se me ocurren*; y ajena, indiferente a la velocidad de los caballos que la llevan, en el preciso instante previo a la explosión, siente que se queda quieta, inmóvil, y fija –pierde– la vista más allá del cristal de su escotilla por donde corre París, sus calles, sus casas, su comercio y sus gentes con sus pequeñas vidas y sus pequeñas Navidades, sin tanta *ópera* ni tantos *creadores del mundo*, cuando estalló París, sus calles, sus casas, sus comercios, sus gentes, los cristales del coche, el mundo bajo sus pies, todo voló por los aires en menos de un segundo que duró demasiado, como si aquello sucediera debajo del agua, en una violencia demorada, regia, con tiempo suficiente para apreciar y sentir los detalles horribles del horror, los cristales de las ventanas que se desprenden y se rompen, sus añicos que flotan sin gravedad dentro del coche, los ve girar, vuelan, destellan y se le clavan; ve a su hija que se eleva y se inclina, ve que abre los ojos y la boca en un grito de espanto sin sonido,

no oye nada, no se oye nada, todo sucede en un silencio plano, aplastado por la explosión que fue lo último que oyó y que aún retumba en su cabeza como un trueno que no acaba de apagarse mientras por fuera todo es mutismo, pánico callado, sólo caos, pura furia, y sin embargo no hay miedo, no hay dolor, no hay culpa, sólo flota, todo, ella también, por un segundo, menos aún, leve en el aire de un vacío tan grande, que alberga la inmensidad de su memoria y más: la inmensidad de lo que sabe su memoria aún antes de recordarlo.

Volvió de Egipto más loco que nunca *blandiendo el puñal de Otelo*, pero esta vez en serio. Andaba por ahí vestido como un sultán, tocado por un rarísimo gorro de alta copa y sin alas, los pantalones tan amplios que parecían faldas, un chaleco bordado y sin mangas; y ajustada a la cintura, con un chal de colores vivos, aquella daga oriental con incrustaciones de diamantes. *Blandía el puñal de Otelo*, pero esta vez en serio. Ahora tenía un nombre, su rango y división: Hipólito Charles, teniente de húsares.

Su nombre sin cara lo había torturado sin calma en las noches de Egipto, cuando el calor y su imaginación se la obligaban a ver tal y como estaría (y estaba) en ese mismo instante, en París, desnuda y con otro, gozando como una perra entre aullidos que a él le perforaban la cabeza en el silencio ardiente de El Cairo.

Hipólito Charles. Ahora tenía un nombre.

Ella lo calmó, sabía cómo. Ahogó sus gritos en su propia boca, le sacó del alma toda la arena de los desiertos; lo redujo entre sus piernas al tamaño de un hombre cualquiera, y una vez más calmo, más relajado, ya casi convencido de que todo eso no eran más que rumores nacidos de la envidia, del ejército de mezquinos que buscaba separarlos; allí entonces le recordó sus asuntos: el nuevo siglo que lo espera para ser.

Barrás —el Directorio todo—, le temía tanto que ya planeaba eliminarlo, política o físicamente, si fuera necesario... o si tuvieran el coraje para hacerlo, claro.

Sieyès, el arribista Sieyès, había llegado incluso a pedir una corte marcial para juzgarlo por desertor, acusándolo de abandonar sus tropas en Egipto. Barrás le respondió con una rápida sonrisa que explicó lo necesario: para ello hacía falta una fuerza que el Directorio ya no tenía. El descontento popular, las divisiones internas y las derrotas externas no dejaban espacio político ni demasiadas fuerzas militares para enfrentarlo. El ejército y el pueblo estaban con él.

El ejército que había sido abandonado en Egipto no estaba en Francia; y el ejército que estaba en Francia no había sido abandonado en Egipto. En cuanto al pueblo, la masa adora a los vencederos, no a los vencidos, y él era un invicto.

Y ella también estaba de su lado. ¿Qué más iba a esperar?

Lo bueno de las orgías es que establecen entre sus participantes una suerte de fraternidad, acaso desamorada, pero igualmente protectora. Desde los tiempos de Robespierre, alrededor de Josefina, no quedaba nadie en condiciones de arrojar ninguna piedra.

Paul Barrás no había sido el único honorable ciudadano director que había pasado por su alcoba... Sieyès, por ejemplo, el ahora recio *fusilador* Sieyès, sabía comportarse como un gatito sumiso que gustaba de los castigos corporales, de las mujeres armadas como hombres, y de los muchachitos malos. No fue difícil, para ella, predecir sus movimientos, extraerle información y convertirlo nuevamente de recio *fusilador* en sumiso gatito. Y así fue como la ardiente simpleza del número 6 de la rue Chantreine; después de tanta lujuria, tanta intriga y tanta traición se convirtió finalmente en el sacro vientre materno que habría de parir al monstruo inmemorial de su marido.

A mediados de octubre de 1799, la señora de Bonaparte corrió las cortinas de aquellas ventanas y hasta el 9 de noviembre –18 de brumario–, adentro, en la ardiente simpleza del n° 6 de la rue Chantreine, transcurrió una sola noche larga y al cabo una nueva luz alumbró el nuevo siglo.

Políticos, militares, empresarios y otros conspiradores desfilaron durante aquellos días por allí, con la excusa de llevar su apoyo y el objetivo de buscar su aprobación. Luciano, mientras tanto, su hermano, manejaba los Quinientos; y Fouché, la serpiente, escondía debajo de su cama a toda la policía de París mientras ella tejía y destejía vínculos, rumores, deseos y amenazas. Y él ahí, a la corsa, sin más apoyo que sus hermanos, un viejo amigo de Ajaccio y su esposa: *la famiglia*... Después la ola enorme de la historia lo arrastró hasta el palacio de los Quinientos, y allí, en una sola noche, acarició el triunfo y la derrota, se vio de pronto alzado por sus propios granaderos que lo rescatan de la turba dispuesta a matarlo; y sobrevive, sí, y al ser alzado se eleva y gana, también... pero ha pasado por el miedo. No a las balas, ni a los cañones y sus guerras, pero sí a los hombres; no a los soldados ni al enemigo entero, sino a los seres vulgares, a la chusma, a los ciudadanos comunes, demasiado comunes, que allí se le fueron encima encguecidos por la ignorancia, sordos a la historia que les grita entre sus gritos que ha llegado su momento.

En menos de 48 horas, con la velocidad de su vida, deshizo el Directorio y se hizo con el poder; inventó un triunvirato y se eligió su jefe, se buscó un par de títeres –para completar la escena–, y dispuso su era.

Ahora Francia y su pueblo tenían un nuevo sol, capaz de iluminar, de alzarse y calcinar.

Y ella lo había visto todo. Ella había estado ahí. Más y mejor: ella había sido la partera, si no la madre, si no la perra en celo que le diera la vida.

De allí en más nada más lo vio crecer hasta perderlo de vista.

En menos de un año ordenó el Estado, promulgó leyes, elaboró su imperecedero Código, despertó la economía, resucitó la industria, esparció escuelas, levantó hospitales, creó el Banco de Francia, aplastó conspiraciones, recuperó el norte de Italia, ocupó El Tirol, se adueñó de la Santa Iglesia Católica, ganó la guerra y logró la paz. En menos de un año había crecido tanto y tan rápido que ella llegó a pensar que así, abstraído como andaba aniquilando ejércitos rivales, haciendo y deshaciendo estados, repúblicas, confederaciones y países, inventando reyes, virreyes y príncipes, dibujando el mapa de Europa de vuelta, cruzando Los Alpes por las noches, midiendo las pirámides por la mañana, dejándose adorar allí mismo donde imponía Su espada; ella llegó a creer, entonces, que su esposo, con tanto trabajo, ya lo había olvidado todo... Es más; como si no lo conociera –como si no fuera a conocerlo nunca (como si ni siquiera recordara que antes que nada y por sobre todo, era un corso)– ella hasta llegó a creer que la, que lo, que los había perdonado... Pero una cosa era parir al monstruo –ayudar a parirlo– y otra muy distinta era llegar a conocerlo.

No lo perdonó jamás, ni lo olvidó tampoco. Sólo esperó. Esperó el momento, la excusa mejor, la coartada exacta que lo eximiera de esa segunda humillación que hubiese sido reconocer abiertamente que no podía perdonarlo porque no podía olvidarlo porque lo había lastimado de verdad. A él, tan luego a él, el hombre, el hombre que se jactaba de tener el alma *tallada como el mármol, el rayo no la muerde*; a él, tan luego a él, lo habían lastimado como a un niño, peor aún: como él sólo creía que eran heridas las mujeres.

No descansaría hasta purgar toda la Tierra de traidores.

Había que haber estado atrapado en Egipto, acorralado por Nelson, levantándose cada mañana con la roca auestas de convertir en hallazgo aquel fracaso; escribiéndole todas las tardes cartas que ella nunca respondía porque estaba demasiado ocupada masturbando oficiales cobardes; ha-

bía que haber estado allí, arrastrado cada noche por su imaginación hacia visiones cada vez más crueles y cuya sustancia eran el chisme, sí, los rumores, sí, sus propios celos de macho mediterráneo, puede ser, pero también los informes reservados que le traían sus espías, sus agentes, sus hermanos, ¡sus propios hermanos! Había que haber estado allí y escuchar como escuchaba él qué poco impresionaban a su señora esposa la épica de sus campañas y la gloria de sus conquistas, y qué mucho más la deslumbraba en cambio un soldadito de juguete con el que ella jugaba demasiado a menudo otras ardientes batallas donde el único vencido era él... Había que haber estado allí, así, en Egipto, en El Cairo, en San Juan de Acre, en Siria, en los desiertos febriles del África del norte cuando llegaba la noche y el sol no se apagaba en su cabeza y el espectro desnudo y sin cara de Hipólito Charles no lo dejaba dormir de tan bien que se la pasaba encima de Su esposa, de su propia esposa, de su amada Josefina, de su mujer, poniéndola de rodillas, llenándole la boca, trajinando *a piaccere su delta sedoso del valle de éxtasis*, como él mismo le ponía en sus cartas, en sus ridículas cartas que ahora ni el mismísimo Mahoma conseguiría borrar de la posteridad para su escarnio eterno... Había que haber estado como estuvo él, allá, en Egipto, lejos de Francia, acorralado por Nelson, despreciado por ella, aterrado por un fantasma sin rostro que no lo deja vivir, que lo asusta como a un niño, que lo amarga mucho más que una derrota, que convierte en espuma, con su sólo nombre, con su minúsculo nombre, *Hipólito Charles*, toda su gloria.

Había que haber estado en Egipto entonces para entender en París, ahora, por qué tenía que matarlo.

Hipólito Charles. Nadie. Nada menos que nada, y sin embargo, ese nadie, esa nada, pesaba en sus pesares lo que pesaba la segunda coalición y todos los traidores que la integraban. Sencillamente inaceptable. Él, tan luego él, el *amo de lo imposible*, el *rayo de la guerra*, él, tan luego él, arrastrado así, entre el oprobio, el dolor y la impotencia, por un nadie sin cara, del tamaño de un insecto pero con la fuerza de seis ejércitos. Debía eliminarlo. Era, acaso, no más que una piedra en su zapato, es cierto, sí... Pero dada la extraordinaria importancia del camino que lo esperaba, cualquier mínimo estorbo era un obstáculo considerable y había que eliminarlo.

Así de loco volvió de Egipto.

Blandía su daga de Otelo incrustada de diamantes, y gritaba su nombre y juraba *vendetta*.



Cólera corsa, pensó ella de nuevo, y aunque esta vez calmarlo no fue tan sencillo, a poco de su regreso, *casualmente*, el teniente Hipólito Charles fue dado de baja del ejército por una falta disciplinaria, acaso inexistente, quizá del todo injusta, pero que al menos lo dejaba con vida. Nada más lo exoneraron, le quitaron su grado y su paga, y ella quiso creer que con eso bastaba, que con eso él ya se había calmado.

Después más o menos lo distrajo con el golpe de Estado; con su ascenso al poder, con sus caricias calientes, con esa exquisita disposición femenina que tanto puede provenir de la pasión como del temor o de la culpa... Después él se entretuvo ordenando Francia, después fue su regreso a Italia, después el alba de Marengo... y después de Marengo ya nada fue igual.

—*Aplastaré a Inglaterra y Francia impondrá su ley al resto del mundo* —le dijo también a ella después de Marengo.

Así de loco volvió de Egipto.

¿Pero quién iba a decirle algo? Recuperada Italia, ganado el Tirol, expandidas otra vez las fronteras de Francia, refrendado con victorias militares Su absoluto poder político, ya ni el mismísimo Dios parecía discutirle nada. Apenas los hombres —apenas unos pocos, muy pocos hombres— tratan cada tanto de matarlo, como quien trata de matar al sol. Y cada nueva mañana...

Por fin el mundo se detuvo y volvió a quedarse quieto aunque ya nada alrededor se parecía a lo que era. Todo estaba fuera de lugar, destrozado, reducido a escombros lo que recién era armonía, a confusión el orden, a miedo la esperanza, a nada lo demás... Hay un muerto contra una pared (parece un hombre que duerme, pero tiene un pedazo de madera como un libro incrustado en el pecho); hay un cuerpo sin sus piernas que aún gime sobre la acera; hay caballos enloquecidos que gritan como cerdos; hay dos cadáveres más allá, todavía calientes, todavía sangrando; hay un líquido rojo, oscuro, que corre como un río, hay gritos, Hortense está herida y ella también, hay golpes, hay contusiones, cortaduras, fracturas, más sangre. Pero él no tiene nada. Él está intacto. A su cuerpo tampoco hay rayo que lo muerda ni Dios que lo refute. Él es el que mata, no el que muere.

Capítulo II

Aquella misma noche del 3 de nivoso del año de 1800, mientras volaban por los aires sus carruajes oficiales, en un tugurio lógicamente sombrío del Palais Royal, el ciudadano Hipólito Charles, ex teniente de húsares, ex edecán del general Leclerc, recibió, por fin, una buena mano: tres reyes.

Más que una buena mano era un buen augurio. *Jamás en mi vida he perdido con tres reyes*, le hubiese gustado recordarle a su audiencia, si fuese que todavía tuviera audiencia alguna.

Existían infinitas posibilidades de perder con tres reyes, pero nunca ninguna funcionaba con él. Siempre ganaba con tres reyes. Quizá, pensó –quiso creer–, también para él aquella noche fuera una *noche buena*. Confió en que el bendito Jesús se acordaría al menos entonces de su agobiado siervo. Las cosas no habían ido bien.

A principios del año lo habían expulsado del irrisorio ejército francés, tan presumido ahora que se daba el lujo de prescindir de los pocos oficiales que aún sabían manejar los cubiertos, las damas y los naipes... Todavía se reía, sí. Pero desde entonces la desgracia y la desesperanza se lo comían de a poco.

Seguía viviendo en el mismo suntuoso hotel de la rue San Martín, pero ya debía seis meses de rentas y su colérico casero se ponía cada día más colorado. Y lógico. Desde que ya no era edecán de nadie, ni teniente de nada lo habían ido abandonando, en escalada fatal, sus impolutos camaradas primero, desde luego sus amantes, su sastre, su zapatero, su barbero, su cochero y su coche también. Incluso su asistente, un joven primo suyo que era a la vez su secretario, su paje, su valet (y las más de las veces, también su finan-

cista). Sin dinero y sin prestigio, todo lo que había sido su vida ya no era suyo ni vida. Pero de pronto recibía tres reyes. Tal vez la mala racha empezaba a terminar, quiso creer... tal vez el buen Jesús, por fin...

Era verdad que el Primer Cornudo Bonaparte les había prohibido a sus oficiales los duelos y el juego. Pero era mentira que lo habían expulsado del ejército por jugar, y el buen Jesús bien lo sabía. Ningún mandamiento decía *no jugarás*. Sí decía *no fornicarás con la mujer de tu prójimo*, pero en su caso esa no era su culpa, sino de *su prójimo*. Después de todo, si no hubiese sido él, hubiesen sido los otros, todos los otros; en tal caso él (se) la contuvo calmada en sus largas ausencias; él saciaba sus ansias, sofocaba sus histerias, regulaba sus humores, (se) la rescataba de los otros, de todos los otros, ¿o qué clase de virgen creía él que era su esposa? Tal vez, después de todo, él le debía un favor, sí... Y tal vez por eso, ahora, la suerte lo premiaba con tres reyes.

Jugó y ganó 238 francos y salió de aquel tugurio del Palais Royal, aquella misma noche helada del 3 de nivoso, con la profunda convicción de que al fin su suerte había cambiado. Caminó hasta su casa eufórico después de mucho. Cómo iba a saber que no lejos de allí, sobre la calle St. Nicaise, su suerte también había volado por los aires.

Recién al día siguiente se enteró del atentado, y en su inconciencia se alegró. Algo había oído por ahí sobre cierta organización a la que llamaban la *Compañía de los Tiranicidas* o cosa parecida, y hasta se entusiasmó pensando que alguien de una vez por todas pondría las cosas en su lugar. Su suerte mejoraba y mejoraba. Y en su inconciencia, se alegró.

Tal vez hasta volviera a sus brazos, se atrevió a pensar *¿Por qué no?* Eliminado él, quizá ella fuera suya de nuevo, y su espectro maldito vagara ornamentado con sus cuernos por el resto de la eternidad. Miró los 238 francos de su nueva suerte y enfrentó el nuevo día dispuesto a ser otra vez el que ya no era.

Contento y con dinero, encaró Les Champ Élysées a por un buen desayuno que se había ganado. Busca una amable terraza y se sienta al sol tibio del invierno. Dos mesas más allá, un oficial de la Guardia Consular toma café. Una sola cicatriz oblicua le cruza el rostro y se lo desencaja por completo. Tiene un aspecto imponente, pero Hipólito Charles lo considera apenas un esclavo. Un esclavo de Francia, del ejército, de su jefe, de las guerras de su jefe, de la locura de su jefe, que ni siquiera sabía eyacular, ja...

El esclavo, imponente, acabó de un solo trago su café humeante y se marchó. Parecía con prisa, alterado. Pero esa mañana casi todos los oficiales que vio por ahí parecían alterados. Lógico, alguien había osado atacar a la abeja reina. Sonrió. Bebió su café sin prisa. Se felicitó por ser un hombre libre. Al fin la vida parecía acomodarse. *Restaurarse*, era la palabra... Si hasta pensó en pagarle la renta a su casero. Aún le gustaba París, no quería irse. Mucho menos ahora que su suerte mejoraba. Sí. Volvió decidido a pagarle.

Cuatro gendarmes de civil lo detuvieron al llegar a su hotel, y una corte marcial, en juicio sumario, lo condenó en menos de 48 horas a la ejecución por fusilamiento bajo el cargo de traición a la patria, conspiración contra el Estado, intento de magnicidio y asesinato. Tres hombres habían muerto durante el atentado. Tres hombres, no tres reyes.